

Como un abuelo cinco veces centenario que ha visto nacer, crecer y multiplicarse a su familia agrupándose a su alrededor, como buscando protección y amparo; así, la gran mole de nuestra iglesia de San Blas, sus doradas piedras encanecidas en gris musgoso por el paso del tiempo, llevan contemplando nuestro crecimiento y desarrollo más de quinientos años.

Nos duele, en parte, mirar el deterioro, las heridas de estas sufridas piedras, mas no debe extrañarnos; su dureza es suficiente para poder resistir en su carne mineral los mordiscos y zarpazos crueles que el implacable Cronos y, ¿cómo no?, el vandalismo humano, han ido haciendo en ellas a través de los siglos.

Por los escasos datos que de su construcción tenemos, es muy probable que por las últimas décadas de aquel siglo XV se estarían realizando los últimos trabajos de esta magnífica obra que, según se dice, dirigía un maestro de Ecija, al mismo tiempo que las de Argamasilla de Alba y San Juan, ésta de Albacete. Murió este maestro y allí acabaron las obras, mejor dicho, quedaron suspendidas. Al respecto de este maestro, cita Rafael Mateos (q. e. p. d.), en su libro *Monografías de Historia de Albacete*, refiriéndose al templo parroquial de San Juan, un artículo titulado *Almansa antigua* —publicado en el periódico albacetense *La Región*, el 30-5-1923, escrito por D. Paulino Bastinza, ilustre sacerdote y párroco que fue de San Juan—, diciendo que *el arquitecto Juan de Aranguren dirigió las obras parroquiales de Almansa, Villarrobledo, Yeste, Requena y otras muchas de esta región, así como también las de la parroquia de Albacete.*

En cuanto a la suspensión de las obras es un flaco argumento el que se nos cuenta, fuera quien fuera el maestro de las mismas. Otras causas motivarían la mencionada suspensión, pues si la muerte de un arquitecto o maestro de obras, a través de los tiempos, hubiera sido razón para la suspensión de las obras y no continuar los proyectos empezados, ¡cuántas iglesias, palacios, catedrales, etc., esparcidos por el mundo entero, estarían a medio hacer! ¿Qué motivó entonces tal suspensión? ¿Pudo ser la falta de recursos económicos?... Por ahí debe andar el quid de la cuestión.

Nos cuenta el P. Francisco de la Caballería, en su *Historia de Villarrobledo*, que por aquella época tenía tal importancia este pueblo que *podía igualarse a cualquiera de las ciudades más opulentas y populosas de nuestra España*, y en otro párrafo, *y vino a estimarse este pueblo por uno de los mejores de ambas Castillas*. Esto es cierto, y si hemos de dar crédito a la Historia, Villarrobledo tenía por aquellos tiempos cuatro parroquias —San Blas, San Sebastián, San Cristóbal, que hoy es Santa María, y Santa Quiteria, en lo que fue la iglesia de San Francisco—. Albacete, entonces, sólo tenía la de San Juan.

Siendo así, no es extraño que la traza de nuestra iglesia sea, si no de catedral, sí de cole-

giata. Citamos de nuevo al Padre De la Caballería, que dice: *La iglesia de la parroquia de San Blas es tan grande y de tan bella cantería, que de estar concluida podría competir con la más rica de muchas de las catedrales de Castilla.*

Creemos que al faltar algún año las exuberantes cosechas, fundamental riqueza de estos pueblos, mermarían los diezmos y donativos, por lo que tendrían que suspenderse las obras.

De todas formas, lo que nos dejaron hecho es grandioso y, tal vez, no lo apreciamos lo suficiente.

LAS DIMENSIONES

Las proporciones y la traza son casi catedralicios. Ocupa una superficie de más de 2.000 metros cuadrados. Teniendo la nave central, 46,20 m. —desde la entrada por la puerta gótica hasta el presbiterio, más unos 5,75 m., que éste tiene de fondo—, siendo el ancho de la iglesia de 26,86 m., más el fondo de las capillas, que es de 2,25 m., cada una —estamos hablando de medidas interiores—. Este espacio se divide en tres naves de igual altura, siendo la central más ancha, 11,06 m., y 7,93 m., las laterales —de eje a eje de columnas—. Estas tienen en sus bases, 2,31 m. —las neoclásicas— y 2,20 m. —las góticas—, con 1,20 y 0,75 m. las medias columnas adosadas a los muros; quedando, pues, un espacio entre columnas de casi 9 m. —en la nave central— y de 6 m., —en las laterales—, las que de estar terminadas tendrían de largo en su totalidad 48,75 m., teniendo ahora, hasta lo tabicado, 29,50 m.

Dieciseis esbeltas columnas —seis completas, ocho medias, adosadas a los muros, y dos cilíndricas, finas en los ángulos de la pared de oriente—, se elevan como plegarias hacia el cielo, haciendo explosión como carcasas de artificio a una altura de unos dieciocho metros —aproximadamente—, desparramándose en arcos y nervaduras que sostienen las airosas bóvedas que alcanzan en sus claves los veintitantos metros.

No es extraño, pues, que en aquel tiempo, en que el templo tenía su coro de doble sillería, su magnífico órgano de estupenda trompetería, sus retablos e imágenes, etc., tuviera aspecto de catedral, incluyendo, el magnífico retablo del Altar Mayor —que al parecer mandó construir el Virrey Morcillo, sustituyendo al que había que, indudablemente era de estilo gótico—. Sabemos que existía y que era gótico porque hemos visto trozos de aquel retablo, dorados, que sirven para sujetar a la pared al que hoy tenemos.

La causa de tal sustitución tampoco podemos saberla. Imaginamos, no obstante, que el gusto arquitectónico, por aquella época, derivaba hacia el Renacimiento, para, después, ir cediendo paso al barroco. Esto ocurrió tanto en arquitectura como en decoración y ornamentación, sobre todo